

■ *San Isidoro, "Doctor Hispaniae"*.
Centro Cultural El Monte. Sevilla, Abril-Junio 2002

Raúl Luque Ramírez.

La figura de San Isidoro de Sevilla transformó no sólo la ideología y el pensamiento religiosos de los siglos VI y VII, sino que dio lugar a una revolución cultural, social y política de un profundo calado en la cultura de transición entre el Mundo Antiguo y el Medieval. Trascendió la sociedad hispana para convertirse en uno de los pilares del Cristianismo primitivo, no en vano Alcuino de York, en el siglo X, lo calificó como *Doctor Hispaniae*. En un mundo como el visigodo, dominado por los valores cristianos, San Isidoro se convirtió en una imagen indeleble que recogía toda la tradición clásica grecorromana para que sirviera de fundamento a los preceptos cristianos, asentando así las bases de la espiritualidad y la cultura católicas de la Alta Edad Media. A todo esto se suma su obra más importante, *Etimologías*, donde recoge, como si de un humanista del Renacimiento se tratara, los saberes y disciplinas culturales latentes de su época, convirtiéndose en pieza vertebradora de la mayoría de las bibliotecas medievales, y cuya influencia se extenderá a lo largo de los siglos, casi hasta nuestros días.

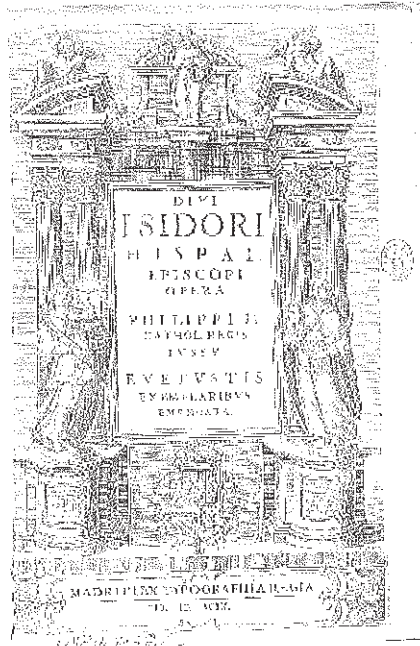
En el año 2001 se había conmemorado el 1400 aniversario de la preconización de San Isidoro como arzobispo metropolitano de Sevilla. Para su celebración, la Fundación El Monte de Sevilla, Caja Duero y Caja Murcia emprendieron una ruta expositiva tomando como referencia los tres lugares en los que el santo había tenido algún tipo de vinculación vital o espiritual. Sevilla, ciudad donde ejerció su actividad religiosa y cultural; León, provincia a la que se trasladaron sus reliquias tras la conquista musulmana de la capital andaluza; y Cartagena, urbe oriunda de su familia.

La muestra en su sede sevillana, situada en la Sala Vilasís del Centro Cultural El Monte, presenta un modelo expositivo muy cuidado, vertebrado en tres espacios estructurados en altura, con un recorrido descendente. En la primera sala se expone un compendio de objetos de la vida visigoda que intentan reconstruir la sociedad de la época y la cosmovisión existente, tamizada bajo el pensamiento de San Isidoro. Téglulas, ladrillos, altares con crismones, monedas e inscripciones realizadas en fragmentos de pizarra de cuidada factura responden a las teorías estéticas del arzobispo sevillano, en las que la belleza de las cosas tiende a imitar el estado de la naturaleza. El hombre plasma en los objetos artísticos una transposición de las leyes que le confiere la naturaleza a través de su estudio. Estas constantes referencias a San Isidoro permiten elaborar, sutilmente, un contexto apropiado que ofrece un primer acercamiento a la cosmovisión de esta civilización. Completada, de manera excelente, con una reproducción de las coronas votivas y ajuares de los tesoros de Guarrazar y Torredonjimeno, que prestan una perspectiva de la magnificencia y

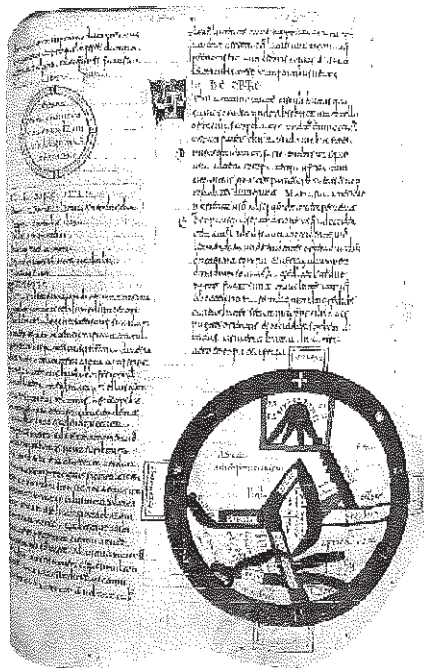
riqueza de la corte, además de establecer un lazo de unión con la teoría isidoriana de la luz. Así, los metales preciosos, como el oro en este caso, poseen una belleza intrínseca basada en la concepción idílica de la teoría del resplandor, donde los objetos considerados bellos lo eran por el brillo que transmitía el metal y por la proporción que le confiere la armonía. Esta última idea acerca el pensamiento estético de San Isidoro a las antiguas teorías grecolatinas y a la doctrina plotiniana de la belleza de la luz, retomadas a través de San Agustín, Boecio y Casiodoro.

En la segunda unidad expositiva observamos un cúmulo importante de manuscritos procedentes de la Biblioteca Nacional de Madrid y de la Real Academia de la Historia. Entre estos códices destacan varios de las *Etimologías* realizados en el siglo XIV en pergamino por copistas anónimos en letra gótica, que no se limitan a reproducir fielmente los textos de San Isidoro sino que las distintas ediciones de la época se individualizan a través de la aparición de capítulos añadidos o decoraciones profusas, no recogidas en los originales. No es de extrañar que Felipe II, dos centurias después, en su pretensión por realizar una publicación de las obras del santo, ordenara la búsqueda de todos los códices isidorianos en las bibliotecas españolas. Este hecho y las numerosas anotaciones que aparecen resaltadas en sus páginas, demuestran el arduo uso y manejo de estos escritos, de gran trascendencia en la espiritualidad, diez siglos después de su creación. Otros documentos de suma importancia se exponen en este sector de la muestra, entre ellos destaca la conocida Biblia del copista Sancho y del miniaturista Florencio que reproducen en sus textos la *Vulgata Latina* de San Jerónimo, y el privilegio de donación de los reyes leoneses Fernando y Sancha, que añadirán a la advocación de la iglesia de San Juan Bautista la de San Isidoro. El motivo de este cambio, y del traslado de los restos del santo, se debe, según la tradición, a las apariciones que este último había protagonizado ante la expedición cristiana que se dirigía a la taifa sevillana para hacerse con los restos de Santa Justa.

Toda esta sala de la exposición, marcada profundamente por lo religioso, ofrece una panorámica más amplia con la exhibición de piezas de distinta naturaleza, entre las que se encuentran el pendón de San Isidoro del Cerco de Baeza y que se debe, según cuenta la leyenda, a la aparición que tuvo Alfonso VII del santo antes de con-



quistar Almería, y el arca de reliquias de San Isidoro, objeto que se utilizaba para trasladar y venerar los restos de algún mártir o santo ilustre. Práctica que se hace extensible a toda la Edad Media, utilizada como mero reclamo comercial por iglesias y monasterios para incrementar sus fondos gracias a las profusas donaciones de los fieles atraídos. Además, se suman el cáliz de Doña Urraca, la arqueta relicario de los esmaltes, y el relicario de San Leandro que presentan un cuidado trabajo de orfebrería basado en la percepción contingente, verosímil y opinable que del objeto artístico tiene la teoría de San Isidoro, y que corre paralela a una tendencia dominante en los talleres medievales que alcanzó su culmen en el siglo VII, continuados hasta los confines del X. Nos referimos a la poética *hispérica*, en la que las figuras representadas en la pieza quedan sobrepasadas por la profusa existencia de motivos decorativos, principalmente trazos curvos, puntos, rectas y líneas en zig-zag que certifican la visión isidoriana de la belleza a través de la apariencia de lo sensible.



En la tercera y última sala de la muestra se ha intentado refrendar la idea que subyace de nuestra proyección ante las piezas expuestas: San Isidoro como centro de su época, que esparce su ideología a través de los límites del tiempo hacia todo el Occidente, otorgándosele, así, el indiscutible encumbramiento de Doctor de la Iglesia. Respalddado por la inexorable unión entre San Isidoro y Sevilla, tal y como aparece reflejado en el origen hispalense del retrato de Murillo, de la figura de San Isidoro proveniente de un retablo de la Catedral o de la iconografía de los sellos góticos, protorrenacentistas y barrocos que, a pesar de sus diferencias estilísticas, repiten la misma composición iconográfica dominada por la imagen del santo, casi un emblema de la ciudad y la gloria de su historia.